



BIBLIOTECA NACIONAL  
SANTIAGO  
CHILE

30 (10/7)

PUMA  
Y LAPIZ

# PIYMALAPIZ

«SEMANARIO DE ARTE»

ADMINISTRADOR  
Arturo D'Alencon

DIRECTOR  
Fernando Santivan

DIRECTOR ARTÍSTICO  
Cristóbal Fernandez

PRIMER REDACTOR  
Martín Escobar

Secretario: Daniel de la Vega.

Correspondencia al Director: Casilla 2443  
□ Oficina de Redacción: Morandé 432 □

Administración; Suscripciones, Avisos, Informes,  
□ □ □ □ □ Casilla, 1684 □ □ □ □ □

AÑO I

SANTIAGO, 9 DE AGOSTO DE 1912

NUM. 4

## Literatura

Es muy corriente considerar las Bellas Letras como uno de los pasatiempos fútiles, bueno para entretención de niños, damas románticas y semi-locos...

Nada importaría que esta creencia fuese común al vulgo únicamente—los pueblos jóvenes poseen su literatura tal como aquel personaje que hablaba prosa sin saberlo;—pero lo grave es que las clases cultas, los hombres de Gobierno, participan también de esta errónea convicción.

La verdad es que la literatura es uno de los ramos más importantes de la vida nacional. Su papel se encuentra al lado de la Instrucción Pública, de la cual es manifestación y complemento.

Una literatura bien encaminada, con bases sólidas de observación y de estudio, con ideales propios y con medios de difusión dentro y fuera del país, es una institución, — permítasenos la palabreja — tan importante como la Universidad del Estado.

¿No son los hombres de letras los que desde la prensa, el libro ó la tribuna, diluyen sus pensamientos en la gran masa del pueblo?

¿No fueron los escritores franceses quienes prepararon ese trascendental movimiento que se llamó la Revolución?

¿No se debe en gran parte á la influen-

cia de los libros ese otro trastorno más cercano que es nuestra propia Independencia?

Sin embargo, estas verdades que por lo gruesas, merecen anotarse en el catálogo de Pero Grullo, no son consideradas por los hombres de Gobierno con la detención que merecen.

La literatura nacional no despierta ningún interés á los poderes Públicos.

Como una gran cosa se dedica una suma anual de ocho mil pesos para premios de un concurso literario, y ya se oyen voces de que se piensa suprimir esa partida en el presupuesto venidero.

Mientras la pintura y la escultura poseen un Palacio y los artistas reciben pensiones para completar sus estudios en Europa — muy merecidamente, por lo demás—á los escritores se les escatima unos pocos pesos que sirve de recompensa á una labor desinteresada y pertinaz.

No pretendemos decir que se convierta la literatura en un ramo oficial, talvez ello sería contraproducente, pero al menos creemos que merece una vigilancia, una atención y también una protección constante de parte de los dirigentes, tal como se practica en naciones más avanzadas, apesar de que allí la literatura, vigorosa de por sí, no necesita mayor apoyo para imponerse.



Algunas de las estatuillas que adornan el taller del escultor

## UN ESCULTOR PARISINO

UNA tarde, hace de esto algunos años, un escritor amigo mío—«que es feliz porque tiene muchos enemigos»—me mostró en la calle Ahumada, entre el tráfago bullicioso, al escultor Simon González—Acaba de llegar de París... Es un escultor parisien,—agregó. Yo estuve a punto [de sonreír la broma de mi amigo al contemplar la fisonomía del artista, que se borraba, en la turba multa, arrastrado por el oleaje callejero.—Si este hombre tiene algo de parisien,—pensé,—seguramente es la melena y el pavoro...

Pasó el tiempo y empecé á convencerme de la justeza de la observación del escritor amigo «que es feliz... etc.»

Simón González—el maestro me absuelva del «tuteo», por aquello de que la gloria empieza por ahí, que decía Pedro Balmaceda Toro—es un artista parisien. No sonriais con ironía. Lo digo y lo confirmaré. Es un artista parisien. Pero nó porque haya sido bautizado en el agua del Sena, sino que es parisien, como Jean Moreas fué griego, como la bella Otero es parisien, como Pierre Loti y Farrère son orientales, es decir, por temperamento; porque al primer paso que dió por la calle de la Paix, respiró con el aire el alma inquieta y sutil de París.

Y esto que parece una paradoja, es una bella realidad. Cuando Simón González dijo á sus camaradas montmartreses que era chileno, interpretaron sus palabras como una gentil bizarrería de artista y no se lo creyeron...

Hace días fuí á visitar á este escultor esquisito en su taller de la calle de Riquelme.

Deseaba conocer al hombre. Porque yo soy de los que creen, que muchas veces un gesto, una palabra dicha en la intimidad enseñan más de la personalidad de un artista que todo un largo estudio de su obra.

Me recibió con esa su amable franqueza hospitalaria de castellano antiguo.

Después de tres ó cuatro frases vulgares de sondaje, que son como el anzuelo para pescar una charla interesante, aquella brotó apacible y clara, como el agua que canta en un surtidor. No recuerdo cómo se enredó en la hebra con que tejíamos nuestra conversación el asunto Lepine-Zonza Briano en el último Salón Oficial de París.

Nuestros lectores deben saberlo también, pues nuestra revista dió cuenta del hecho reproduciendo un artículo de la interesante Revista de América, firmado por el «croniqueur» Gómez Carrillo.

Mientras el artista comentaba el caso, ví pasar á traves de sus pupilas una guirnalda de nostálgicos recuerdos parisieneses, que danzaban talvez ante su vista, una farándula loca, como traviesos y tentadores gnomos negros, azules, rojos...

No sé por qué motivo me sentí asaltado por un sentimiento compasivo hácia aquella noble «saudade». Acaso mi espíritu vago y bohemio se adhería á sus ensueños como una humilde enredadera. Y en pleno

aller, mientras un rayo de sol, ponía coqueto rubor humano en la mejilla de un busto femenino, soñé también llevándole la sordina al artista.

¡París! ¡oh, ciudad-luz, lámpara maravillosa de la vida de las pobres mariposas del arte! Todos vamos hácia tí, con el alma, firme el alto bordón de peregrinos y la mirada iluminada y fiera! ¡Cuántos modernos caballeros de la triste figura han sido estropeados por las aspas de tus molinos de Montmartre! Pero así y toda tu red de vampiro retiene entre sus dorados hilos.

Simón González—como esos sabios de la leyenda que fueron en busca del pájaro azul y no regresaron jamás—se había dejado coquer en la seductora red encantada. Y se habría quedado en su adorado París eternamente, si Juan Francisco—el pintor impresionista—que sentía la ausencia del hermano de carne y alma, no se le ocurre engañarlo para que regresara diciéndole que se moría...

Y mientras tanto, apesar de sus triunfos artísticos, la suerte no lo trataba mejor que á cualquiera hom-

bre vulgar. Su "Spes única", aquella bellísima lápida con que obtuvo un premio en el Salón de Bellas Artes, pecuniariamente no le producía sino sinsabores.

Alguien me ha contado que por ese tiempo el escultor propuso á nuestro Gobierno, en una solicitud, que es un modelo de enérgica hombría, que le pagara aunque solo fuera el costo de la maquette. Después de la interminable vía-cruis del papeleo oficial el Ministro de Instrucción puso la siguiente providencia: "Archívese". Ese seco archívese de aquel Ministro es el símbolo de toda la estulticia oficial para con nuestros artistas privilegiados.

Dije anteriormente que Simón González era un escultor parisien. Echando una rápida mirada por las obras que adornan su taller se convence uno de ello inmediatamente. Flota allí ese algo intangible y quebradizo que se desprende del paisaje galante de un abanico pintado por Watteau, de un verso de Verlain, de un sorbo de champaña. Hay algo alado y frágil, intraducible, en esas figurillas adorables. Aquí teneis una bombonera que se llama "La Tentación". Sobre una manzana Eva está sentada con una infinita nostalgia en la mirada perdida en el vacío. Sueña con algo muy dulce y suave que su carne estremecida de deseo presente que vibra y palpita en la naturaleza toda. Y mientras Eva sigue soñando, la tentación, la clásica serpiente, va trepando con infinita cautela, con tanteos femeninos, anillada alrededor de la manzana. Decidme si este poemita esculpido no es de una gracia sonriente, sutil y netamente parisien? Allá, entre el rígido abanico obscuro de una palma enana, blanquea «L'Enfant qui boude»; sobre una consola, junto a la cabeza de un Cristo de fisonomía adolorida, se destaca la gallarda y hermosa figura en mármol de la señora Besa de Díaz Garcés, esposa de nuestro Rusiñol, el brillante escritor nacional don Joaquín Díaz Garcés; acá, en un ángulo está "La fuente" de propiedad del señor Carlos Cousiño.

MARTIN ESCOBAR.

(Continuará).



I. El redactor de PLUMA Y LAPIZ, conversando con el escultor Simón González en su taller de la calle M. Rodríguez.—II. En ángulo del taller en medio de sus yesos y terracotas.

